



# cris5ceros

JORGE GÓMEZ SOTO

edebé

**periscopio**

**cris5ceros**

© Jorge Gómez Soto, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 444 441

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

*Coordinación de la producción:* Elisenda Vergés-Bo

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografías de cubierta:* Freepik

© *Fotografía del autor:* Rubén Gómez García

1.<sup>a</sup> edición, septiembre 2022

ISBN: 978-84-683-5594-8

Depósito legal: B. 2233-2022

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

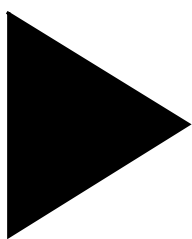
JORGE GÓMEZ SOTO

# **cris5ceros**



**edebé**







☰ Octubre ▼



VIE  
19

Viaje a Madrid  
16:09-20:51





Ya me conocéis.

Soy Cris.

Cris5ceros en mi canal de YouTube y en mis diferentes redes.

Al comienzo de mis *tiempos sociales*, mi intención fue ponerme solo *cris*, pero adivinad: estaba pillado. Entonces empecé a añadir ceros a la derecha.

Cris0 era una mujer brasileña que trabajaba en una tienda de ropa de Santa Cruz do Capibaribe.

Cris00 tenía como foto de perfil una ilustración de una madre y una hija en un jardín. La madre decía: «Las chicas son delicadas como las flores» mientras la hija arrancaba una planta entera de cuajo. Megafán de la niña.

Cris000 era un chico de Las Palmas de Gran Canarias. Ante los ojos, siempre flequillo y, algunas veces, gafas.

Cris0000 decía llamarse Christopher y su hábitat era el gimnasio. Sus fotos sudaban.

No me dejé registrarme hasta el quinto cero. Así que me quedé con *cris00000*, que derivó en *cris5ceros*. El origen de mi nombre no es nada interesan-

te ni asombroso, pero tengo claro que ya no podría cambiarlo.

Voy a toda velocidad.

Viajo hacia Madrid a unos doscientos kilómetros por hora.

La velocidad punta del Alvia son doscientos cincuenta, pero en el tramo que va desde Santander a Valladolid el ancho de la vía no permite alcanzarlos.

El paisaje resbala por la ventanilla. Extensos campos de girasoles y de trigo se pierden en el horizonte con suaves ondulaciones. Los colores parecen llevar filtro: amarillo, verde, rojo arcilla... El cielo es un muro liso recién pintado de azul, solo con unas pequeñas salpicaduras blancas hacia el oeste: nubes despistadas que no saben ni cómo se han formado.

Cuanto más amplio es el paisaje y más lejos está el horizonte, más te cuesta saber si vas rápido o despacio. Sin embargo, de vez en cuando, algún elemento cercano cruza frente a tus ojos como en un parpadeo para recordarte que vas a toda máquina: un árbol, un poste de la luz, un niño que saluda detrás de una valla...

Siempre me ha gustado el vértigo, ir con la lengua fuera, hacer veinte cosas a la vez, abarcar mucho, pero apretando.

Avanzar.

Desde que he cumplido los dieciocho, mi vida se ha acelerado y se ha abierto más aún. Por eso muchas

veces pierdo la noción, no de la realidad, sino de la velocidad a la que la atravieso.

Avanzar implica dejar cosas atrás.

Es una obviedad.

El niño que saluda detrás de una valla, en mi caso, es David, mi exnovio. Me alejé de él sin vuelta atrás.

Si yo hubiese sido de buen conformar (expresión de mi abuela), me habría quedado junto a él. Seguro. Sus brazos fuertes sujetando la tabla de surf en la playa de los Locos, el cuerpo marcado por el traje de neopreno, la melena rubia que caía por su espalda como el agua entre las rocas, ojos azules de mar y cielo, el sabor a sal de su piel...

Estaba cañón.

Sin embargo, no era capaz de entenderme. Su vida era el surf y nada más. Yo me aburría de su vida y creo que él de la mía. Necesitaba a alguien que sintonizase con mis deseos, con mis locuras. David me frenaba. Era yo quien tenía que tirar de él.

Habría aceptado la vida que me ofrecía dentro de... ¿treinta años?... ¿De cincuenta?

Ni eso.

Me niego a cambiar, incluso a pensar en cambiar, a imaginarme diferente. Si algún día tengo que morir, que todo indica que sí, me encantaría hacerlo con cien planes en la cabeza. No quiero que llegue un momento en el que mire el horizonte desde una mecedora,

me rasque la barriga y piense que ya lo tengo todo hecho en esta vida. No quiero morir en paz. Y menos, morir antes de morir. La tranquilidad, para los que la necesiten, como David.

El tren se detiene en la parada de Aguilar de Campoo. Una chica con melena de color rojo fantasía entra en el vagón. Siempre me alegra ver colores inverosímiles en pelos, ropas, uñas... Como reina el silencio en el interior y el señor del asiento de al lado está concentrado en su lectura, me da vergüenza grabar una historia de Instagram explicándolo, así que entro en Twitter y escribo:

*Me encantan los colores «aquí estoy yo».*

La chica avanza mirando a ambos lados del pasillo hasta que encuentra su asiento, cuatro filas delante del mío. Mientras coloca su mochila en el portaequipajes, echa un vistazo por el vagón y creo que se detiene unos instantes en mí, pero enseguida se sienta.

Empiezan a llegar en cascada notificaciones, corazones, retuits, comentarios sobre colores. Voy contestando a los que puedo.

Como me ocurre a menudo en las redes, pierdo la noción del tiempo. A veces, hasta del espacio.

—Eres Cris. Cris5ceros, ¿no? —me pregunta desde el mundo real una voz femenina, como con miedo.

Levanto la vista del móvil con mi sonrisa de foto de perfil. Es la chica que se ha subido en Aguilar de Campoo.

—Sí —le confirmo, aunque creo que no le hace falta.

—Mis amigas y yo te seguimos desde hace años. Somos *cerománticas*.

El señor del asiento de al lado deja de leer y me mira, sin disimulo.

—¡Qué maravilla! —exclamo.

—¿Me podría hacer una foto contigo?

Me levanto y ella le pide a otro pasajero que nos haga unas fotos con el móvil.

En un acto de cortesía poco habitual, me pide permiso para subir alguna. Además, me las enseña para que decida cuál prefiero.

«Mucha gente se siente confundida cuando una frase no termina de la manera que ellos salchicha».

¿Conocéis esta frase? Hace años, la recibí por distintos medios y la compartí por otros tantos.

Pues yo soy como la frase. Me disperso. No me centro. Cuando me quiero dar cuenta, he perdido mi objetivo. «Cris, eres de impactos breves, fruto de la sociedad actual», me dijeron en un programa de radio. Quizá todo me cansa pronto. Empiezo a grabar un vídeo sobre las mareas en el Cantábrico y lo termino comentando el libro que estoy leyendo. Salgo de casa con la intención de tomarme un helado en el paseo marítimo de Suances y acabo en el centro de Torrelavega comiéndome un perrito caliente (nunca mejor dicho).

Sin embargo, esto que siempre me vendían como algo malo, ha resultado ser la principal seña de identidad de mi canal de YouTube.

Cuando empecé, algunos *comillas* entendidos *comillas* me dijeron que no me iba a comer nada si no dedicaba mi canal a algo concreto: videojuegos, humor, tecnología, las mareas en el Cantábrico... Que toodos los canales que triunfaban eran fácilmente identificables con uno o, como mucho, dos temas.

Agradecía el consejo, pero no hacía ni caso. Algunas veces me esforzaba y les contestaba que el tema de mi canal era yo. Porque, por encima de estrategias, de modas o de cálculos, el activo principal de cualquier *youtuber* es su verdad. Y mi verdad es dispersa.

En mi canal me abro en canal. Hablo y hago de todo..., bueno, de casi todo. De amigos, libros, pelis, videojuegos, injusticias, movidas mentales, juegos de mesa, noticias...

Y me va bien.

Muy bien.

Casi un millón y medio de seguidores de bien.

Ya nadie me aconseja que haga un canal temático.

Lo predecible me aburre. Por eso me identifico de alguna absurda manera con la frase de la salchicha. Y también porque me gustan las sorpresas finales, esos giros que hacen que todo cambie y adquiera otro sentido.

«Mucha gente se siente confundida cuando una frase no termina de la manera que ellos Palencia».

Acaban de anunciar la próxima estación en varios idiomas. El pelo rojo de la chica se eleva sobre los asientos como un espléndido amanecer. Extrae su mochila del portaequipajes y, casi de inmediato, se vuelve y dirige su mirada hacia mí. Cuando comprueba que yo también la estoy mirando y que sonrío, se ruboriza levemente. A pesar de todo, viene hasta mi posición.

—Venía a despedirme, Cris. Me bajo aquí en Palencia. Nada. Solo gracias por ser como eres. De verdad. —Señala su móvil y niega con la cabeza—. Desde que he subido la foto contigo, mi gente está muerta de envidia. Me han frito a preguntas y a mensajes que quieren que te transmita, algunos irreproducibles. La mayoría te desean lo mismo que yo: muchísima suerte para la presentación del libro.

El señor de al lado deja de leer, se revuelve en su asiento y me escruta de nuevo.

—Qué nervios y, a la vez, qué ganas tengo...

—Triunfas seguro. Yo habría bajado a Madrid, pero tenemos a mi abuela ingresada en el hospital y me toca quedarme con ella este finde. —Vuelve a señalar su móvil—. Eso sí, seguiré la presentación en directo. Igual se la pongo a mi abuela y todo.

—A ver si le va a sentar mal.

Nos reímos.

—Me encanta tu pelo —le digo.

—Elegí este color porque era... —se detiene un instante, como valorando si debe o no decir lo que se le ha ocurrido— muy «aquí estoy yo».

Continuamos con las risotadas.



*VELOZ.*

Así se titula.

Como el tren. Como mi vida.

Tiene 326 páginas, pero se hace corto. Me lo han dicho todos los que se lo han leído.

A mí se me hizo corto.

La ilustradora ha logrado una portada hipnótica, de una belleza sobrenatural. Destacan dos siluetas humanas: una empuña una espada y la otra, un bastón *bo*. Corren en direcciones distintas, pero sus estelas se cruzan de una forma casi orgánica. De fondo, se ven elementos electrónicos, como piezas de circuitos. El toque final son unas diminutas salpicaduras de colores, como gotas de pintura que hubiesen impactado a toda velocidad contra el libro. Le suman dramatismo y tensión.

Bajo las letras del título, viene mi nombre:

*cris5ceros*

El tamaño de fuente es muy superior porque, según me dijeron en la agencia, yo era lo importante del libro.

La contraportada se divide en dos mitades.

En la de abajo hay texto: un par de frases misteriosas y sugerentes sobre la historia y una breve nota biográfica en la que se ensalzan algunas virtudes que tengo y otras que creo que no.

Y la mitad de arriba la ocupa mi jeta en toda su plenitud. Ya podían haberme sacado un poco más de lejos y no como si fuese a comerme a quien pase junto

al libro. El gesto con el que aparezco es el que utilizo cuando quiero aparentar seriedad, pero no absoluta: boca cerrada, pero la comisura derecha ligeramente contraída, insinuando una sonrisa.

El libro es de tapa dura. Pesa. El título, mi nombre y las salpicaduras de colores tienen un ligero relieve y brillan si les da la luz. Me explicaron que eso se consigue con una resina especial.

La editorial El Loro de Rosa y la agencia no se cansan de repetir que es un libro genial, increíble y que se va a vender como la Coca-Cola.

—Es bonito hasta decir basta —dije en la agencia la primera vez que lo tuve entre mis manos, después de grabar el *unboxing* para mi canal.

—Es bonito hasta decir pasta —replicó Mansino.

Nunca he sabido el nombre de Mansino ni he tenido el mínimo interés en saberlo.

Es un hombre obscuro en todas sus facetas. Sus conversaciones, casi monólogos, se reducen a dos temas: dinero y sexo. Habla como si despreciara a todo el mundo. Es muy posible que así sea.

Por lo que cuentan, era guapo y de complexión fuerte en su juventud, pero las canas no le han sentado bien. Ahora tiene la piel de la cara muy estropeada, irregular, con bultos adiposos, y un peso bastante por encima del de sus mejores momentos. Se comporta como si siguiese siendo el rey de la fiesta.

No es más que un fantasma que se esfuerza en alargar una vida que en realidad ya no posee.

Lo que Mansino sí posee es InfluVencer, una de las agencias más importantes de publicidad y representación. Llevan a actrices, cantantes, futbolistas, presentadores y a todo tipo de personajes públicos. No podéis ni imaginar su lista de celebridades. Además, es la que mejor mueve a *youtubers*, *instagramers* y personas con influencia en redes sociales. Mansino es el propietario de la agencia con la que colaboro, la que gestiona mis ingresos publicitarios.

La posición de Mansino en la empresa (no puede ser despedido) le permite no cortarse a la hora de proferir comentarios ofensivos, inapropiados y torpes. Nadie los reprueba y, en ocasiones, hasta son tomados por ingeniosos y celebrados con carcajadas, aunque no tengan ni puñetera gracia.

Le encanta decir, como si hubiese inventado el dicho, que quien paga manda.

Examino por octava o décima vez mi agenda para el fin de semana. Asusta leer, en una pantalla tan pequeña, todas las obligaciones que tengo para el sábado y la mañana del domingo. Una detrás de otra, encajadas casi al minuto. La agencia ha querido que deje todo hecho antes de volver a Suances.

El único hueco que me han dejado libre ha sido el del sábado a partir de las 20:00 y ya lo he rellenado con

una cena con los Youtuberísticos: un grupo de amigas y amigos unidos por la plataforma de vídeos. Si me conocéis a mí, los conocéis a ellos.

Hace mucho tiempo que no los veo fuera de la pantalla. La gente de las grandes capitales está todo el día quedando, grabando vídeos conjuntos, yendo a presentaciones y estrenos... Se pueden tocar más a menudo.

Vivir en Suances no podía ser perfecto.

Salgo de la agenda, contesto a unos pocos mensajes directos y abro el documento de la presentación del libro. Necesito repasarlo hasta la extenuación. «Tienes que aprendértelo tan bien, que no parezca que te lo has aprendido».

Por ahora, lo que me preocupa es no quedarme en blanco llegado el momento. He soñado varias noches con ello y no quiero repetir esa sensación tan angustiosa.

No tengo clara la meta. Ni siquiera el camino.

Me refiero a que no sé adónde llegaré con todo esto que estoy levantando y tampoco si voy por el camino que deseo. ¿El libro ha tenido que ver con esta sensación? Por supuesto.

De todas maneras, no voy a pararme a pensarlo, porque es algo que implicaría dos cosas que no me apetecen: pararme y pensarlo. Prefiero seguir avanzando. No sé si el final está cerca o lejos, si será

feliz o no. A lo mejor no hay ninguna meta y todo consiste en correr y correr hasta que aguanten las piernas.

En ocasiones parece que voy más veloz de lo que soy capaz. Son esos momentos de vértigo que, aunque asusten, motivan.

Necesito ese vértigo. No el de vivir al límite, en un desfase continuo; no me gusta maltratar mi cuerpo ni arriesgar mi vida. Hablo de esa sensación de no tener todo bajo control. Esa incomodidad genial en que se transforma la vida cuando huyes de los lugares de siempre y escapas de la inercia que trata de mantenerte en la misma dirección.

Una amplia curva hacia la derecha me aleja unos centímetros de la ventanilla. Estamos entrando en la ciudad por el norte. Los rascacielos dan la bienvenida. De cerca, impresionan. Parecen una extraña clavija que enchufase Madrid al cielo.

Se multiplican las vías, los puentes, los postes de la luz, el hormigón... Los nervios también.

Cuando entramos en la estación de Chamartín, el tren va casi parado.

—Durante muchos años —empieza a decir el hombre del asiento de al lado, y me cuesta darme cuenta de que está hablando conmigo—, intenté publicar lo que escribía. Me ha costado convencerme de que quizá no valgo.

Se levanta de su asiento. Mira hacia el frente y parece que, en lugar del vagón, estuviese contemplando con nostalgia un paisaje antiguo o inexistente.

—Yo no dejaría de intentarlo. Querer es poder.

—Querer es poder es la gran mentira que nos venden los que sí han podido —murmura, sin separar la vista de aquello que esté mirando.

Como tengo la sensación de que nada de lo que diga le va a caer bien al señor, permanezco en silencio.

—Te deseo mucha suerte el domingo y, en general, con el libro.

Asiento y sonrío.

Son las 20:48 cuando se abren las puertas. Se ha adelantado tres minutos sobre la hora prevista, algo que me hace ilusión, aunque sea una chorrada. Me pongo la visera y la bajo casi hasta las cejas. Agarro la maleta antes de abandonar el vagón.

Me encanta mi maleta. Tiene tamaño fin de semana o equipaje de mano, dos ruedas y un asa de aluminio extensible. Es muy fotogénica. Muestra una imagen tomada desde la ventanilla de un avión. Se ve una porción de ala y más lejos, un revoltijo de nubes. En algunas zonas menos densas, se intuye un arco iris. Ha chupado bastante cámara en mis vídeos y no ha pasado desapercibida.

Le he dado tanto trote que está empezando a fallar el sistema de elevación del asa y el forro tiene un desgarrón casi más grande que la maleta, pero me

resisto a desprenderme de ella. Lo que tengo claro es que, el día que me compre otra, será precisamente en la misma tienda de Suances en la que conseguí, o me consiguieron, esta.

Fue hace casi dos años y medio.

El canal de YouTube había despegado y ganaba seguidores a una velocidad que me sorprendía hasta a mí. CarLoca (se llama Carlota, pero está muy loca) y yo bajábamos por la calle de Ceballos cuando de pronto me arrastró dentro de una tienda.

—Buenos días, ¿conoce a cris5ceros? —le dijo a bocajarro a la dueña mientras me señalaba con los índices de sus dos manos.

Miré a mi alrededor: bolsos, mochilas, maletines, carteras, maletas... ¡Maletas!... ¡¡Maletas!!! Deseé que la tierra me tragase. Acababa de darme cuenta de las intenciones de mi amiga.

Esa mañana había estado contándole cómo subían las visitas a mis vídeos de forma exponencial y le acababa de comentar que me tenía que comprar una maleta.

$1 + 1 = 2$ .

Le hice un gesto con la mano para que se detuviera, pero no sirvió de nada.

—Tengo adolescentes en casa. ¡Cómo no voy a conocer a Cris!

A pesar de que yo negaba con la cabeza, CarLoca se lanzó a explicarle que las marcas comerciales se empezaban a rifarme y que ella tenía la oportunidad de que su tienda fuese conocida en España y gran parte de América.

—Cris solo necesita una maleta pequeña...

Yo me disculpaba sin parar y juraba que jamás le habría pedido nada. Arrastré a CarLoca fuera de la tienda. Iba a echarle la bronca cuando la dueña salió con un trozo de cielo en sus manos. No era una maleta. Era Mi Maleta.

—Acaba de llegar. ¿Te gusta?

Yo tenía que decir que muchas gracias, pero que nos íbamos:

—¡Me-en-can-ta!

Me la acercó.

—Es tuya. —Abracé la maleta y luego a la dueña, que miró a CarLoca—. Que conste que no lo hago porque se conozca mi tienda en toda España y gran parte de América. Te puedes imaginar de qué poco me sirve. Sin embargo, si en mi casa se enteran de que he podido ayudarte y no lo he hecho...

Insistí en pagársela, pero no hubo manera. Nos hicimos algunas fotos y grabamos un vídeo de pocos segundos saludando a su familia. Yo mostré la maleta y el nombre de la tienda en todas mis redes sociales, con muchos corazones y pulgares hacia arriba.

Tengo entendido que aumentaron las visitas a la tienda (reales, no virtuales) y que vendió unas cuantas, aunque sé que no me la dio por ese motivo.